



su piano, ¿seria vd. tan amable que nos quisiese cantar alguna cosa?

Despues de un momento de vacilacion, el jóven voluntario se sentó al piano.



La partida.

—No sé nada, dijo, mas que una balada imitada del alemán titulada *Ablibied* (La Partida).

SEGUNDA SERIE.—1.º60.

—Vamos, como vd. es tambien poeta, habrá hecho una cancion de circunstancias, dijo el comandante.

AÑO XVIII 27

—No, señor, se lo aseguro á vd.
Y despues cantó con indecible acento la siguiente romanza:

¿Por qué suenan en la calle
Esas voces y algazara?
Abrid pronto, hermosas niñas,
Abrid pronto las ventanas.
Vereis un noble guerrero
Que para la guerra marcha.
Y al que alegres sus amigos
A despedirle acompañan.
En vano le victorean
Y al aire el sombrero lanzan,
Pálido y triste el mancebo
Con paso rápido anda,
Sin cuidarse de las muestras
De sus amigos del alma.
Estos en alegres brindis
Le desean bienandanza,
Y le invitan á beber
Por el triunfo de sus armas
El voluntario responde
Con una sonrisa amarga:
—Apartad de mí ese vaso
Que mi corazon abrasa.
En lo último de una calle
Asemada á la ventana,
Estaba una hermosa niña
Escondida entre unas dalias.
Brilla en su rostro el rubor
Y sus lágrimas recata
Tras el ondulante velo
De jazmines y de dalias.
Al pasar debajo de ella
El jóven la vista alza,
Pero muy presto con pena
Los ojos al suelo baja
Viendo que al pasar la niña
Casi le ha vuelto la espalda,
Y al proseguir su camino
El corazon se le rasga.
—Amigo, le dijo uno,
Unas flores te hacen falta,
Y esas de arriba parece
Que meciéndose te llaman.
Niña de los negros ojos
Arroja una hermosa dalia
Para el noble voluntario
Que se parte á la campaña!
—¿De qué servirán las flores
A aquel á quien nadie ama?
Le respondió con la voz
Anudada en la garganta.
Del sol al ardiente rayo
Presto se vieran ajadas,
O por el sople del cierzo
Moririan deshojadas.
Y pasó sin ver que entonces
A sus pies cayó una dalia,
Que arrojó con un suspiro

La niña de la ventana.
¡Pobre flor que allí en el suelo
Entre el lodo sepultada
Por el primero que pase
Sin piedad se verá hollada!
Los gritos y los cantares
Se oyen á larga distancia,
Y al perderse el postrer eco
La niña aun escucha y calla,
Y despues cerrando triste
Y con dolor la ventana,
Entre dolientes suspiros
Asi la infeliz esclama:
—¡Triste de mí, se marchó
Sin ver á sus pies la dalia,
Sin saber cuánto en silencio
Este corazon le amaba.....
Hoy sola con mi dolor
Lejos de mi amante el alma
Por la ausencia se verá
Marchita como mi dalia!.....

Todo el mundo aplaudió á Sandoval excepto Adelita, que se entró en su cuarto.

Media hora despues, casi al salir el jóven voluntario de la casa agarrado del brazo de su comandante, sintió caer sobre su cabeza una cosa suave y ligera, y cogió con trémula mano una magnífica dalia..... humedecida de rocío ó de lágrimas.

Reconoció á la luz de uno de los reverberos del gas la flor que Adelita llevaba en su cabeza.

El comandante prosiguió su camino como si no hubiese reparado en nada.

A la mañana siguiente escribió á Sandoval: «Queda aplazado el matrimonio de mi sobrina. El adjunto papel es el sobre de su dalia.»

Aquel papel era un nombramiento de subteniente del batallón de cazadores que mandaba el comandante, y que aquella misma mañana habia obtenido del general en jefe, ministro de la Guerra.

Sandoval lo comprendió todo, y bendijo la romanza que habia tenido la feliz ocurrencia de cantar.

Corrió á abrazar al comandante, con el que aquella misma noche tomó el ferro-carril para Alicante, embarcándose desde allí inmediatamente para Ceuta.

En el mes de diciembre comenzaron las operaciones. Allí encontró el voluntario repetidas ocasiones de merecer la charretera que se le habia dado. En aquellas sangrientas luchas en que habia que combatir á la vez con los elementos, la terrible enfermedad del Ganges y el fanatismo de los árabes, hizo prodigios de valor y mostró la mayor serenidad y firmeza.

En la batalla de Sierra-Bullones, rodeado de cadáveres de los soldados de su compañía, él solo permanecía en pié, parecia invulnerable porque tenia un talisman, era una caja de vermeil que llevaba sobre el corazon, y que le preservaba de la muerte y de la derrota. Tal era al menos la convicción que logró inspirar á los soldados de su compañía.

En la batalla de los Castillejos corrió al lado del general Prim, cuando este valiente y heroico jóven, descollando en la campaña como los héroes de Homero, con la bandera

española en la mano; arrastró tras sí á la victoria al ejército, vacilante un momento por el bárbaro ímpetu de las fanatizadas hordas marroquíes.

En la batalla de Tetuan, su comandante, que habia caído en poder de un grupo de los árabes adelantándose en el ardor de la batalla á su batallón persiguiendo al enemigo, iba ya á perecer, cuando Sandoval se presenta con unos cuantos soldados, arrolla á los asesinos y les arranca de las manos su víctima.

—Llevaos al comandante y dejadme morir; grita el intrépido subteniente.

Un moro hace fuego sobre él á cinco pasos, apuntando al corazón la boca de la espingarda. Sale el tiro, la bala da á Sandoval en medio del pecho, pero se aplasta sobre su uniforme y cae á sus pies.

—¡Viva la Reina! grita el subteniente blandiendo su espada.

Y los árabes espantados con semejante milagro, creen ver un ser sobrenatural, huyen en desorden y abandonan su doble presa que los cazadores conducen al campamento en triunfo.

Este rasgo puso el colmo al prestigio de Sandoval. Ya no le llamaron mas desde entonces que el *subteniente del talisman*. Fué el terror de los moros, y acabó de acreditar su valor temerario en la batalla de Gualdrás.

El cólera solo, pareció domarle por un momento, pero triunfó de esta terrible enfermedad, mas que la robustez de su temperamento una esperanza que animaba su corazón.

Volvió á Madrid y asistió á la entrada triunfal del ejército, ostentando en su pecho la cruz de los valientes, y luciendo en sus hombros las charreteras del grado de capitán. Lo que mas le halagaba era una importantísima carta que traía de su comandante para su hermano el padre de la bella é interesante Adelita.

Hace algunos dias se estaba tomando el té en la tertulia del conde de Verde Mirto. El capitán de Baza no se hallaba allí, Sandoval volvió á cantar la *romanza de la Dalia*, variando solo la última estrofa. Es que ya no era amado en silencio: se casaba al día siguiente con Adelita.

—¿Cuál era ese talisman que le salvaba á vd. de la muerte? le preguntó su hermosa novia apretándole la mano.

—Busque vd. en el fondo de su canastillo de boja, respondió Sandoval, y lo encontrará.

Buscó y encontró la caja de vermeil, que encerraba las hojas secas de la dalia que habia echado al voluntario la víspera de su marcha.

Sobre aquella caja, se habia aplastado la bala del feroz marroquí.

—FIDELIDAD Y FE, son sinónimos, dijo don Ramiro de Sandoval, la una y la otra hacen sus milagros en este mundo!!!

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

BELLINZONA.—SUIZA.

CANTON DEL TESINO.

Hubo una edad feliz en que los ciudadanos de Bellinzona y del Locarno cenaban con algunas conservas, hoy co-

men y beben como buenos suizos. Los médicos en su indulgencia han atribuido al aire vivo y puro de las montañas este exuberante apetito: empero el aire en otro tiempo era el mismo, y las conservas les parecían suficientes. Ciertos hábitos y costumbres nacen de la ociosidad de la vida, y los hábitos culinarios son de este número. El hombre que trabaja come generalmente mucho menos que el hombre desocupado.

Los habitantes del Tesino son muy amigos de viajar y de una vida activa. El Tesino está dividido en ocho distritos, subdivididos en treinta y dos círculos desde 1798, forma parte de la confederación suiza. Todos los tesineses profesan la religión católica.

En el valle del Tesino existen varias poblaciones interesantes. Al Mediodía de este valle existe Bellinzona, á la estremidad del Norte del Lago Mayor está Locarno, al borde septentrional del lago de Luano la ciudad del mismo nombre. Localidades interesantes por su situación, por sus monumentos, por la brillante frescura de sus paisajes y por los grandes lagos que reflejan en sus olas su pintoresca situación.

Después de tres siglos y medio de esclavitud la revolución francesa hizo independiente á este país, cuya población, dependiente entonces de los pastores de Uri, apenas llegaba á nueve mil almas. Pero hoy, á pesar de la deplorable emigración de los habitantes de este valle para América, pasa su número de treinta mil.

En este país, solo se oye una voz siempre atronadora cayendo de cascada en cascada sobre rocas que forman cantidad de cataratas, cuya blanca espuma hierve violentamente y es el Tesino. La ciudad de Bellinzona ostenta todavía sus severas murallas aunque en ruina, y en un llano se ve todavía un monumento grosero, formado de rocas amontonadas unas sobre otras destinado á perpetuar el recuerdo de un combate sobre el hielo, en que quince mil hombres del ducado de Milan fueron derrotados por seiscientos pastores á las órdenes de los capitanes Stranga de Giornico y Tróger de Uri. En 1799 todavía enseñaba con legítimo orgullo las insignias triunfales del 28 de diciembre de 1478, pero el Austria, celosa, se los arrebató. Esta batalla que forma toda la gloria de Bellinzona, se verificó en el siglo XV. Entonces en los valles, en los montes, en los campos y las ciudades de Suiza, todo el pueblo se hallaba lleno de una marcial arrogancia. Desde que el duque de Borgoña habia perdido sus tesoros en una batalla, su ejército en la segunda y su vida en la tercera, la Suiza no temía ya á nadie. De aquí nacieron esas guerras sin fin.

Un día estaban cortando leña algunos súbditos del duque de Milan en un bosque del valle del Tesino: inmediatamente unos jóvenes de Bellinzona pasan el San Gotardo, saquean y maltratan á los habitantes de las primeras poblaciones del Milanesado. En lugar de castigar á aquellos jóvenes, el canton de Uri los tomó bajo su protección, declaró la guerra á los milaneses y llamó en su auxilio á los confederados. Estos viendo lo mal que habian obrado los de Bellinzona, quisieron intentar un arreglo para no abandonar á sus amigos. Les enviaron tropas para sostenerlos en caso de necesidad, mientras que por otra parte el duque de Milan destacaba con considerables fuerzas al conde de Boreli á lo largo del Tesino. La vanguardia de los suizos compuesta de seiscientos hombres de Uri, de Lu-

cerna y de Zurich, se encontraban cerca de Bellinzona; los otros confederados en número de diez mil se habían quedado muy atrás Boreli hizo marchar contra Bellinzona á la flor de sus tropas. Los suizos hicieron correr el agua del Tesino sobre las praderas, que se cubrieron inmediatamente de una superficie de hielo, y despues ataron unos garfios á las suelas de su calzado. Mientras los milaneses con paso mal seguro subian por el helado declive de las colinas, los suizos con paso firme se precipitaron á cargarlos. Su pequeño número venció sin trabajo á la multitud de vacilantes enemigos. El gefe de los de Bellinzona, semejante al ángel exterminador se lanzó con su temible espada en medio de los milaneses. Aterrados estos echaron á huir corriendo; ¡quince mil hombres delante de seiscientos! Su sangre tiñó la llanura hasta Bellinzona, pereciendo mas de mil y quinientos. Esta accion casi increíble hizo célebre en toda la Italia el nombre de los suizos. Milan compró la paz, pagó las indemnizaciones de la guerra y reconoció la independendencia de Bellinzona, sin mas condicion que la de que todos los años enviase á la catedral de Milan una vela de cera de tres libras.

Nosotros hemos estado en Bellinzona, ciudad eminentemente romántica, con alrededores sumamente pintorescos, y que es uno de los modelos mas bien conservados de las fortalezas de la edad media, y en cuyas ennegrecidas piedras, que valen por cien historias, pueden leerse las continuas luchas, los perpétuos combates de la época del feudalismo.

En nuestro album hemos dado copiada del natural la estampa de la interesante y pintoresca ciudad de Bellinzona.

EL CONDE DE FABRAQUER.

Contemplad á la hormiga, perezosos, observad su conducta y haced sabios. No tiene gefe, ni dueño, ni inspector, y sin embargo, hace su provision durante el verano, reuniendo, mientras duran las mieses, con que alimentarse. ¿Hasta cuando, oh perezosos, os llevareis durmiendo? ¿Cuándo despertareis de vuestro letargo? Dormireis un poco, dormitareis otro poco, colocareis tambien un poco una mano sobre otra para descansar, y en el interin caerá sobre vosotros la pobreza, como un hombre que marcha á pasos precipitados, y la indigencia como un hombre armado.

SALOMON.

LOS INSTRUMENTOS MÁGICOS DE LA EDAD MEDIA.

Entre las ficciones poéticas que supuso la malicia ó la estremada credulidad de los antiguos, se cuenta, acaso entre las mas singulares, la de conceder un poder mágico, ya fatal, ya afortunado, á diversos instrumentos de música.

Si nos remontásemos á la época de los griegos y de los romanos, observaríamos que no otra cosa que ficciones poéticas eran los instrumentos que se atribuian á los dioses de la gentilidad como atributos suyos. Mercurio pasaba por inventor de la lira: el dios Pan tocaba perfectamente la flauta, etc., pero otros que no estaban colocados en tan

alto rango, hacian tambien prodigios por medio del sonido de sus instrumentos. Amphion logró nada menos que construir las murallas de Tebas solo con los dulces acordes de su lira, y alrededor de Orfeo acudian hasta los animales mas feroces para escuchar silenciosa y mansamente las vibraciones mágicas que obtenian sus dedos.

Muchos otros pueblos tuvieron tambien sus Orfeos. Los galos, por ejemplo, creian en la existencia de Glaskyrion, célebre tocador de lira, y los escoceses atribuian á Glendie una rara habilidad en el arpa, en tales términos, que segun refiere una balada, á la voz de su instrumento salian los peces del mar, el agua manaba de los mas duros peñascos, y del seno de la jóven virgen que nunca habia sido madre, brotaba la leche. Los escandinavos tenian tambien ficciones por el mismo género; así es que Vainamoinen, inventor de un instrumento particular parecido á la guitarra española, y que recibia el nombre de kandela, transformaba en diamantes las arenas, calmaba las tempestades, los osos salian á escucharle con la mayor veneracion, y al fin él mismo caia en un éxtasis tan dulce, que derramaban sus ojos torrentes de perlas.

Poetas antiguos y modernos se han valido de ficciones semejantes para sus composiciones. Pablo Pífferrer escribió una preciosa parábola ó balada, en que el Génio acompaña á Alina recorriendo ambos el mundo.

Ella temerosa y niña;

alado el Génio y veloz:

—«¿Quién me guiará?»— ella esclama,

y el Génio le dice:—«¡Yo!»—

A la puerta de un castillo

Alina el laud templó,

el primer son que ella suena

es un sonido de amor.

—«¿Quién es esta, los mis guardas?»

va preguntando el baron:

«gentil y apuesto es su cuerpo,

mucho es donosa por Dios.

«¡Ay, niña, la gentil niña;

la de la suave voz

«tuyo sea mi castillo,

«sé dueña de su señor!»—

Alza los ojos Alina

y al Génio le preguntó:

—«¿Moraré en este castillo?»—

y el Génio responde:—«¡NO!» etc.

Por medio del mágico laud penetra Alina en la ciudad, se le abren las puertas del palacio, caen los muros de los castillos, etc., hasta que el Génio conduce á Alina á la morada que le destinaba.

Una tradicion de los escandinavos refiere: que en el siglo XIII, mientras se hallaban asediando las tropas de la Curlandia y de la Livonia un fuerte castillo, cesaron de pronto las hostilidades por haber aparecido en lo alto de las almenas un sacerdote tocando el arpa.

En Dinamarca se aseguraba entre los campesinos, existir una cancion que apenas se dejaba oír producía el singular efecto de obligar á la danza á todos, jóvenes, viejos y niños, siguiendo el movimiento general los bancos, las sillas, las mesas, etc.



Sobre todo en Alemania son numerosas las ficciones y creencias populares acerca de los mágicos efectos de ciertos instrumentos. Schreiber ha reunido la noticia de la mayor parte en su libro: *Tradiciones de las orillas del Rin*.

Grimm ha reunido también muchos de estos cuentos, y entre ellos es notable el que reproducimos á continuación.

«Un arrendatario tenía un criado fiel y diligente que le servía hacia ya tres años sin haber percibido aun salario alguno. Cierta día, sin embargo, pensó el pobre Fritz que no podía continuar trabajando sin producto; fué, pues, en busca de su amo, y le rogó le satisficiera lo que le debía. El arrendatario, que era hombre avaro y pícaro, y que conocía bien la sencillez de espíritu de su criado, creyó poder abusar de él ofreciéndole algunos escudos por todo salario de los tres años que había pasado en su servicio. Fritz, que no tenía ninguna idea del dinero, aceptó con placer lo que su amo le dió, y creyendo que con tan considerable suma podía permanecer algun tiempo sin trabajar, metióse el dinero en el bolsillo y resolvió recorrer el mundo.

«Andaba nuestro viajero cantando y brincando á través de los campos, cuando encontró un enano, el cual le preguntó cuál era la causa de su alegría. Fritz le contestó, sin perturbarse, que gozando felizmente de buena salud, y teniendo en aquel momento el bolsillo bien provisto, no veía motivo ninguno para entregarse á la tristeza. «¿Y qué cantidad poseéis, amigo mío, preguntó el enano?—Diez escudos.—Dádmelos, pues yo soy muy pobre, y este dinero será suficiente para que yo y mi familia vivamos mucho tiempo.—«Fritz, que tenía excelente corazón, le dió en el acto cuanto poseía. El enano, que había querido experimentar, se sorprendió de su generosidad y le dijo: «Para recompensaros del servicio que habeis querido prestarme, estoy dispuesto á concederos tres cosas, las que mas apetezcáis, así hablad.—Muchas son las cosas que prefiero al dinero, respondió Fritz; desearia tener un arco, con el cual pudiese lograr todo cuanto viese; mucho quisiera también poseer uno de esos violines que obligan á bailar á todos los que oyen sus sonidos; en fin, quisiera que nunca pudiesen negarme lo que yo pidiese.» El enano le concedió estas tres cosas, y se despidió del buen Fritz, después de darle un arco y un violín que tenían las propiedades que él deseaba.

«Viéndose Fritz dueño de esos preciosos objetos siguió su camino, con mayor alegría de la que tuviera en toda su vida. Al poco tiempo encontró un judío anciano, que al parecer escuchaba estasiado un tordo que dejaba oír su melodioso canto desde la copa de un elevado árbol. «¿Qué hermoso pájaro! exclamaba el judío al mirarlo, de buena gana compraría, aunque fuese á gran precio, uno igual á este.—Si no es mas que eso, díjole el jóven, voy á hacerlo bajar al momento.» Y diciendo estas palabras hizo uso de su arco y el pájaro cayó instantáneamente en un zarzal que había al pie del árbol. Deslizóse el judío por entre las zarzas para coger el pájaro; pero en aquel momento tocó Fritz su violín mágico y apenas había hecho vibrar algunos sonidos, cuando empezó el pobre judío á bailar, á brincar y á agitarse, en fin, de mil maneras en ese mar de espinas que le herían cruelmente y hacían pedazos su piel y sus vestidos, de tal modo, que tenía todo su cuerpo ensangrentado. «Ah, señor! ¡señor! exclamaba el hijo de Israel, por amor al cielo os ruego que hagais cesar esa cruel música! ¿Qué daño os he causado para que así me trateis?» Fritz, sin atender á sus

súplicas, seguía tocando. El judío, abatido por el cansancio, y con el cuerpo destrozado, exclamaba que daría *algun dinero* para que cesase tan terrible música; pero el malicioso jóven seguía tocando cada vez con mas fuerza, hasta que por fin el judío, rendido y no pudiendo ya resistir mas, ofreció, para que le sacase de aquel estado, los cien florines que llevaba consigo. Fritz, que no había visto jamás tanto dinero, se maravilló de ese hallazgo y siguió su camino después de haber colocado cuidadosamente sus cien florines en el bolsillo.

«En cuanto salió el judío de su prision de espinas y hubo puesto en orden, lo mejor que pudo, su vestido, recapacitó sobre de qué medio se valdria para recuperar los cien florines que acababa de dar tan á pesar suyo, y para vengarse al mismo tiempo de la mala pasada que acababan de jugarle. Después de haberlo pensado bien, fuese á encontrar al juez del pueblo inmediato, y le declaró que un tunante, que había encontrado en el bosque, le había robado su dinero y lo había golpeado atrocemente. Añadió que á ese miserable no era muy difícil prenderle, pues que bien se distinguía por un arco que llevaba cruzado en la espalda y un violín pendiente del cuello. Acto continuo mandó el juez algunos soldados en busca del músico con orden de prenderle en cualquier parte donde se le encontrase. Bien pronto lo alcanzaron y le presentaron al juez.

«El judío repitió de nuevo su acusacion, que parecia bastante fundada. Inútil le fué á Fritz el declarar que aquella cantidad le había sido dada por haber tocado alguna pieza con su violín, pues el juez no quiso de ningún modo creer que un judío pudiese pagar cien florines por un rato de música, por armoniosa que fuese, y sentenció á Fritz á ser inmediatamente ahorcado.

«Llevaronlo los guardas al sitio donde debía tener lugar la ejecucion, y al llegar á la fatal escalera, el pobre músico suplicó al juez le concediese la última gracia. El juez le prometió acceder á lo que le pidiese, menos perdonarle la vida. Pidió Fritz que le permitiese tocar en el violín un trozo de música antes de morir. El judío que oyó la súplica, se opuso con insistencia á que se le dejase tocar, pero el juez persistió por su parte en cumplir su promesa.

«Apenas había Fritz hecho oír las notas de su violín, cuando todo lo que estaba presente se agitó por un movimiento involuntario y espontáneo. Al momento el juez, el escribano, el judío, el verdugo, los guardas y la numerosa multitud que había acudido á presenciar la ejecucion se pusieron á bailar, á saltar, á brincar como si estuviesen poseídos del demonio ó les hubiese dado algun vértigo. Todos tomaron paciencia algunos momentos, pensando que aquello no duraria; pero cuando vieron que el músico no pensaba en cesar, y que ellos estaban ya estenuados por el cansancio, pusieronse á gritar y á suplicarle que diese por Dios fin á una chanza tan cruel. Pero Fritz, al contrario, aceleraba el compás tanto como posible le era, y esa escena cómica, que tenía lugar al pie de la horca, duró hasta que el juez, no pudiendo ya resistir mas, le concedió no todo su favor sino la devolucion de los cien florines que el judío le había dado.»

No menos falsa é insensata es otra tradicion que se asegura fué consignada en los registros públicos de la ciudad, en donde se supone aconteció, y aun conservada la memoria del hecho á que se refiere en diversas inscripciones,

por medio de pinturas en las ventanas de la iglesia y por medio de una medalla acuñada al efecto. ¡Mucha era la credulidad de las antiguas generaciones! Hé aquí el cuento en cuestión, referido también por Grimm:

«En el año de 1284, un hombre de extraña figura se apareció en Hameln, en Hannover. El traje que vestía era de una tela de varios colores; él decía que era cazador de ratones, y prometía que, mediante cierta cantidad de dinero, dejaría limpia de ratas y ratones toda la ciudad, infestada entonces de dichos animales. Habiéndose convenido con la gente del pueblo acerca de la retribución que se le daría en cuanto hubiese cumplido su servicio, el cazador de ratones sacó del pecho un silbato que llevaba, y en cuanto empezó á silbar con él comenzaron también á salir en tropel ratas y ratones de todas las casas, y á rodearle completamente. Tan pronto como el hombre conoció que ya no había quedado ninguno en las casas, emprendió su camino hacia el Weser, seguido de aquella multitud de animalejos, y al llegar á la orilla del río, se desnudó y se echó á nado. Todos los ratones se precipitaron también en el agua y se ahogaron.

«Después de haber librado de esa plaga á los habitantes de Hameln, reclamó el cazador de ratones la cantidad ofrecida, la cual se negaron á darle bajo muchos pretestos; así es que nuestro hombre se marchó furioso. El 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo, según unos á las siete de la mañana, y según otros al medio día, el mismo hombre volvió á aparecer en figura de un cazador de malísimo aspecto, cubierta la cabeza con un sombrero rojo de extraña forma. Tocó el mágico instrumento y se vieron correr á su alrededor en gran número, no ya ratones como la otra vez, sino niños y niñas de cuatro años, entre las cuales se hallaba la hija del burgomaestre. Todo ese enjambre de niños le siguió hasta la cumbre de un monte, donde desaparecieron todos y también el hombre mencionado. De esta desaparición fué testigo una niñera que también le seguía con el niño en brazos, la cual fué la que luego puso en alarma la ciudad. Los padres se precipitaron en tropel fuera de las puertas de la población, y con el corazón presa de la ansiedad mas viva marcharon todos en busca de sus hijos. Las madres, desesperadas, lanzaban desgarradores gritos. Se mandaron al instante mensajeros por tierra y por agua hacia todas direcciones para informarse de si alguien había visto alguno de aquellos niños, pero todo fué inútil. Entre todos fueron ciento treinta los perdidos. Unicamente volvieron dos, que al ir se quedaron algo atrás; pero uno volvió ciego y el otro mudo; el primero no pudo decir por qué camino se habían marchado; solo sabía que habían seguido al hombre que tocaba el silbato; y el segundo, á pesar que no había oído nada, enseñó el lugar donde todos habían desaparecido en un abismo que aun existe sobre una colina.

«La calle por la cual salieron de la ciudad los niños se llama aun *Bunge-Cose*, la *calle tranquila*, porque estaba prohibido bailar ni tocar instrumento alguno en ella. El monte donde desaparecieron los niños, que está cerca de Hameln, tiene el nombre de *Poppenberg*, y existen en él dos cruces de piedra, una á la derecha y otra á la izquierda. Los habitantes de Hameln consignaron este hecho en los anales de la ciudad, y fecharon sus cartas y actos públicos desde el año y día en que habían perdido sus hijos.»

Tan ridículas creencias acerca de la existencia y poder mágico de instrumentos músicos, no ha desaparecido, por desgracia, del todo. En muchos pueblos se cree en ellos, así como se sigue creyendo en espectros, en hadas, en brujos, en adivinos y agoreros. Pero llegará un día en que mas adelantada la ilustración de las gentes, y no circunscrita meramente á ciertas clases ó á ciertos círculos, se releguen al olvido las ficciones mas ó menos poéticas y fantásticas de la edad media.

JANER.

CASA DE CORREOS.

LA GRAN POSTA EN LONDRES.

La administración general de correos en Londres (*general post office*), centro en inmenso movimiento, no solo de las correspondencias inglesas entre los Reinos-Unidos, sino también con todo el mundo, ocupa el sitio en Saint-Martin el Grande, de un antiguo santuario y un colegio.

Tan grandioso edificio se construyó bajo los planos de Robert Smirke, en el trascurso de cuatro años. Tiene algo mas de 120 metros de largo, y poco menos de 24 de ancho. Es de ladrillo la parte superior, de granito la inferior, y la fachada de piedra de Portland. Hay en el centro un pórtico, cuya galería de 21, m 38 de ancho y sobre 7, m 15 de altura, la forman seis columnas del orden jónico, también de piedra de Portland, las cuales descansan sobre pedestales de granito, y sostienen un fronton triangular. La estremidad de cada ala está adornada con cuatro columnas semejantes á las del medio. Esta fachada tiene cuarenta y cuatro ventanas, y en la que mira al Este, á esta unida, hay ciento ochenta.

Un gran vestíbulo divide el edificio del Este á Oeste, sirviendo de pasaje público de Saint-Martin el Grande á Foster-lanc. A este pasaje le llaman la división de ventanas (*Window department*). ¡Qué sin número de anchas rejillas se abren para recibir las cartas! ¡Qué gran cantidad de buzones tragan los periódicos, que se deslizan por ellos envueltos en anchas fajas para facilitar mejor su apartado á los empleados!

En la parte del Sur está la distribución para Londres y su circunferencia; y en la del Norte, generalmente llamada división del interior, porque no solo reparte todo lo concerniente á los Reinos-Unidos, sino también las correspondencias extranjeras-coloniales y otras.

Por este laberinto de corredores mas ó menos oscuros, procuramos penetrar á las seis de la mañana en el gran salón, que alumbraban multitud de luces. Allí encontramos á los dependientes, no trabajando, pero sí recostados sobre sus pupitres, forrados de paño negro, tomando descansadamente su café, pasando el tiempo hablando, medio dormidos, leyendo la Gaceta y dispuestos aparentemente á pasar el día en una agradable quietud. De pronto en uno de los extremos de la habitación, se deja oír un rumor, que acrecentándose rápidamente, produce la agi-

tacion; y un sin número de mozos encorbados bajo el peso de los sacos de cuero que llevan sobre sus espaldas, los arrojan con violencia y prontitud al interior de la sala, habiendo enteramente cambiado el aspecto de esta reunion de dependientes perezosos, en el de una activa colonia de hormigas humanas.

Los sacos son abiertos, registrados, sellados y vueltos á su sitio. ¡Qué laberinto! Una sola carta que se olvidara acarrearía al empleado una multa de media corona, algo mas de tres francos. A cada saco acompaña una nota espresiva del número de cartas que contiene, tantas con el timbre-posta, tantas franqueadas en dinero, y tantas sin pagar. El timbre-posta ahorra á los empleados mucho tiempo de trabajo, y mucho dinero al público. Desde que sale el dependiente que recibe las cartas de la oficina, hasta que el factor las envia á su destino, ¡qué aburrimiento, qué de tiempo para calcular el precio de cada una y para hacer la cuenta del dinero que se ha de recibir y se ha de entregar! puede juzgarse de las consecuencias de esta minuciosidad, multiplicadas por el inmenso número de cartas en circulacion, número que constantemente se aumenta. En 1850 ascendieron de trescientos treinta y siete, á trescientos treinta y ocho millones de cartas las que habian atravesado la posta de Londres, llevando el timbre de posta ciento sesenta y nueve á ciento setenta millones, franqueadas en dinero de ciento cincuenta y seis á ciento cincuenta y siete millones, y solamente trece millones que no están pagadas de antemano.

El sistema, en Francia, parece mas sencillo; allí no hay mas que una forma de franqueo, el timbre-posta, pero el número de cartas no franqueadas es infinitamente mas considerable que en Inglaterra.

Al llegar las cartas las ponen al lado del sello una marca de tinta encarnada que indica la fecha y la hora en que se despachó. Puestas de manifiesto, como en los juegos de cartas, sobre las mesas, la mano del empleado que las señala se mueve con tal rapidez, que marca tres mil por hora. Despues de poner el retrato de la reina sobre el timbre-posta, cuenta las cartas, y cada vez que nombra cincuenta, hace una marca con el ángulo del sello en una hoja de papel blanco. Estas notas las reúne el gefe de la administracion; las marcas, que cada una representa cincuenta, son sumadas, y el total registro da con la mayor exactitud el número de cartas que han circulado en la administracion.

El apartado y la remision de esta prodigiosa masa de cartas (que no bajan de veinte y cuatro mil para distribuir), se hace en menos de dos horas. Veamos cómo:

Diez y siete compartimientos corresponden á las diez y siete divisiones postales de Londres. Se recibe la primera remesa de cartas; separadas en seguida por sub-divisiones y colocadas por distritos; se remiten en seguida á los diferentes factores ó carteros que están en otra pieza, y cada uno las arregla á su manera, á fin de economizar tiempo y pasos. En otro compartimiento llamado *general*, son rápidamente reunidas las cartas para las provincias y el extranjero, circulando por los caminos en pequeños wagones que las conducen á las administraciones subalternas para que sean entregadas y repartidas. En otro departamento que tiene el extraño nombre de *blind* (ciego ó tuerto), es en el que se inspeccionan las cartas cuyos sobrescritos son indecifrables, ilegibles, heteróclitos ó caprichosos. De

pronto, en el gran salon los marcadores se paran, el ruido de manosear el papel deja de oirse. Estos dependientes tan afanosos vuelven á permanecer inmóviles y perezosos, y treinta ó cuarenta mil cartas han quedado en dos horas arregladas y corrientes.

La oficina de los ciegos (llamada asi por antifrasis) encargada de descifrar los sobres indecifrables y cuyas cartas recibe del departamento llamado *blind*, no puede espedirlas con tan asombrosa rapidez; pero es cosa sorprendente se dé direccion á unas cartas que sus sobrescritos son verdaderos enigmas, puestos de mil formas extravagantes y de escrituras ilegibles; por ejemplo: *Gorge sur l'Anphitrite*, *Follop á dazsor ó alleurs*, que significa: Jorge en el navío Amphitrite á Valparaiso ó donde se halle. *Urtur Uncon on alure*, quiere decir: En el *Fautour* á Hong-Kong ó adonde esté: *ivicun* han escrito por High Wycombe: *Ratli hawai*, debe decir *Ratch'ffe high way*: *Predesvices*, debe leerse «*Proche Devizes*» *Owilige* es Woolwich.

El gefe de division de los ciegos, con sus ojos de lince, su lente y su pequeña biblioteca de diccionarios y guias de todas clases, viaja al través de estos geroglíficos y de estos logogrifos, pero no incluye en el envío ordinario las cartas cuyos sobrescritos, tal como estos, dicen asi: «A M. Mieh! (léase Michel). En la ciudad de Inglaterra—á milio Jan en Londres y el Mlle. Victoria en la Gran Bretaña.»

Se queda uno admirado como un niño, delante de la máquina para las cartas, á medida que examina de mas cerca las numerosas ruedas, los ingeniosos medios puestos en obra para llegar á una celeridad, á una puntualidad, que no se desmiente jamás, y cree su asombro si llega á considerar las trabas que la incuria y la imprudencia del público traen á este servicio. No parece sino que el fin que se propone el que escribe un sobre es el de arrebatar á los dependientes y factores la única cosa que les concierne, el nombre de la administracion del correo. No cuida sino que vayan los objetos heteróclitos, mas ó menos bien empaquetados. Un inglés no piensa al enviar por la posta si son mondadientes, limas, retratos, anzuelos á la mosca, silbatos, espuelas, zapatos ó un pedazo de saten blanco en uno de ellos que se trasluce al través de la cubierta, con tal que reciba el timbre de la posta estampado con azul indigo. Esto es un anteojito, un tirabuzon, y estos unos botes de pfdoras. ¡Qué falta todavía! Toda clase de obra de punto, de bordados, de blondas, y no solo delgados cartones de flores artificiales, que se aplastan, sino delicadas cajas de labor, que golpeándolas de valija en valija, se rompen; este es el trabajo de los dependientes, buscar los restos, juntarlos con las señas escritas de una tinta ilegible, y oculta en un rincón con sus esparcidos restos.

El público espone á una ruda prueba, no solamente la inteligencia de los empleados de postas, sino su probidad y su discrecion. Trescientas cartas diarias, término medio, circulan en la gran posta, sin estar selladas, muchas de ellas sin inscripcion alguna, y la mayor parte de estas letras en blanco, contienen plata ó billetes de banco. Una suma de ciento veinte y cinco mil francos, se encontró enviada de este modo sin señas. Fué necesario que la administracion de correos practicase numerosas investigaciones para ver si descubria el negociante que la habia remitido con tan poca prevision. No hace mucho tiempo que el encargado de una reducida administracion subalterna en una retirada ciudad

del país de Gales, mirando y dando vueltas á una carta cuyo sobrescrito no podía descifrar, avisó que, abriendo por un ángulo la cubierta de un pliego vió numerosos billetes de banco. Volvió á cerrarle cuidadosamente y devolvió el paquete al secretario de la Gran-posta de San Martín el Grande.—Este halló bajo un indiscifrable sobre enviado por el

gefe de la division de ciegos, la suma de treinta y ocho mil francos, y tuvo el gran pesar de verse obligado á retenerla hasta descubrir á quien iba destinada.

Solamente durante los meses de junio y julio de 1857, cuatro mil seiscientos cincuenta y ocho cartas, bien ó mal dirigidas, estaban acumuladas en la administracion de la



Ultimo cuarto de hora en la Gran Posta en Londres.

administracion de la *Port-office*. Despues de practicar inútiles diligencias, y desesperando del éxito, se las encierra en el archivo del correo. El total de las pequeñas sumas contenidas en cada una de estas misivas, montan, segun los registros, 477,510 francos 35 céntimos. En fin, en la misma época, la oficina de la division de cartas atrasadas

y sin conocido destino, tenia en su depósito la suma enorme de 1.010,256 francos 70 céntimos, cuyo valor se halla encerrado en pliegos que es de todo punto imposible adivinar para quién están destinados.

MANUEL GUZMAN.